

de gloria, tanto que no cabia ya dentro del claustro, me dijo que podíamos subir y se dirigió á la puerta del campanario.

Llegados á la mitad de las escaleras, nos detuvimos para tomar aliento. Llamó el cicerone á una puerta, y salió un trápala sacristanesco que abrió otra puerta y me llevó á un corredor, en el cual ví una escuadra de figuras gigantescas bizarramente vestidas: cuatro de ellas (segun me dijo el cicerone) representaban á Europa, Asia, América y Africa, y otras dos la fé y la religion. Estaban hechas de suerte que podia meterse dentro de ellas un hombre y levantarlas del suelo.

—Se sacan,—dijo el sacristan,—con ocasion de las fiestas reales, y se las pasea por la ciudad.

Y para hacerme ver de qué modo, se metió bajo las basquiñas del Asia. Llevóme luego á un rincon, donde habia un mónstruo enorme que, tocado no sé cómo, sacudia un larguísimo pescuezo y una cabezota horrible, con ruido ensordeciente. Pero no supo decirme qué cosa significaba aquella figura tan fea, y me invitó en cambio á admirar la maravillosa imaginacion española que creó *tantas cosas nuevas* para sí y para todos los mundos que vagan en el infinito. Admiré, pagué, y tomé de nuevo escalera arriba con mi *pieuvre* toledana. De lo alto del campanario se goza un espectáculo magnífico: la ciudad, las colinas, el rio, el vastísimo horizonte, y abajo la gran molè de la Catedral que parece una montaña de granito. Mas hay poco léjos de allí otra altura desde la cual se ve todo mejor; por manera que me

detuve pocos momentos en el campanario, con tanto más motivo cuanto que en aquellas horas brillaba un sol ardentísimo que confundía todos los colores de la ciudad y del campo en un océano de luz.

Vista la Catedral, me llevó mi cicerone á ver la iglesia famosa de San Juan de los Reyes, puesta orilla del Tajo. La mente se me turba todavía cuando pienso en las vueltas y revueltas que tuvimos que dar para ir á ella. Era medio día, y las calles estaban desiertas. A medida que nos alejábamos del centro de la ciudad, la soledad se hacia más triste; no se veía una puerta ni una ventana abierta; no se sentía el más ligero rumor. Por un momento tuve la sospecha de que el cicerone estuviese de concierto con algun asesino para conducirme á lugar apartado y dejarme en camisa: su facha no era de lo más seguro, y amen de esto miraba aquí y allá con aquel aire receloso del que medita un delito.—Falta mucho todavía?—preguntaba yo de cuando en cuando. Él respondia siempre:—Está aquí,—y no llegábamos nunca. A un cierto punto mi inquietud se trocó en espanto: en un callejon tortuoso se abrió una puerta, salieron dos hombres de luenga barba, saludaron con un signo á la *pieuvre*, y se vinieron detrás. Me dí ya por despachado. No habia más que un medio de salvacion: dar una puñada al cicerone que lo derribase por tierra, pasar sobre su esqueleto y emprender la carrera. Mas por dónde? Además de que me vinieron á la memoria los disparatados elogios que prodiga Thiers á las piernas españolas en su *Historia de la*

*Guerra de la Independencia*, y pensé que el escapar así no habría sido más que un expediente para que el puñal me entrase por la espalda en vez de entrarme por el estómago. Pobre de mí! Morir sin ver Andalucía! Morir después de haber tomado tantos apuntes, después de haber dado tantas propinas; morir con los bolsillos llenos de cartas de recomendación, con el porta-monedas repleto de doblones, con el pasaporte cubierto de firmas; morir á traición! Quiso Dios que á la primera revuelta desaparecieran los de las barbas, y me ví en salvo. Entónces, tocado del arrepentimiento de haber sospechado que aquel pobre hombre fuese capaz de un crimen, pasé á su izquierda, le ofrecí un cigarro, le dije que Toledo valía por dos veces Roma, le hice, en fin, mil finezas. Por último llegamos á San Juan de los Reyes.

Es una iglesia que parece un palacio real. La parte más alta está cubierta por una azotea cercada de un parapeto perforado y esculpido, sobre el cual se alzan gran número de estatuas de reyes; en medio surge una bella cúpula exagonal que completa con graciosa armonía el edificio. De los muros penden largas cadenas de hierro que fueron arrancadas á los prisioneros cristianos después de la conquista de Granada, y que juntas al color sombrío de la piedra dan á la iglesia un aspecto severo y pintoresco. Entramos; atravesamos dos ó tres grandes estancias desnudas y sin pavimento, llenas de montones de tierra y de escombros; subimos una escalera,

y fuimos á parar sobre una alta tribuna dentro de la iglesia, que es uno de los más hermosos y nobles monumentos del arte gótico. Es una sola gran nave, dividida en cuatro bóvedas cuyos arcos se cruzan bajo ricos rosetones. Los pilares están cubiertos de guirnaldas y arabescos; las paredes adornadas con profusion de bajo-relieves, con enormes escudos de las armas de Castilla y de Aragon, águilas, quimeras, animales heráldicos, follaje é inscripciones emblemáticas; la tribuna, perforada y esculpida con rica elegancia, da vuelta á todo en torno; el coro se sostiene en un arco atrevidísimo; el color de la piedra es gris claro, y todo está admirablemente acabado é intacto como si la iglesia hubiese sido fabricada pocos años hace, en vez de serlo á fines del siglo XV.

Desde la iglesia pasamos al cláustro, que es una verdadera maravilla de arquitectura y escultura. Columnas esbeltas y gentiles que se podrian romper en dos de un martillazo, semejantes á ramas de arbolillos, sostienen los capiteles sobrecargados de estatuas y de adornos, de los cuales se escapan, como ramos encorvados, arcos que adornan flores, pájaros, animales grotescos y toda suerte de caprichos. Los muros están cubiertos de inscripciones en caracteres góticos, mezcladas con follajes y arabescos delicadísimos. Donde quiera que se mire se encuentran juntas la gracia y la riqueza con una armonia que enamora; no se podia acumular en igual espacio con arte más exquisito una mayor copia de cosas tan gentiles y tan bellas; es un lujurioso jardin de

escultura; es una gran sala vestida de bordados, encajes y brocados de mármol; un gran monumento, majestuoso como un templo, magnífico como un sitio régio, delicado como un juguete, y gracioso como un ramo de flores.

Después del claustro hay todavía que ver un museo de Pintura que no contiene sino cuadros de poco precio; y luego el convento, con sus largos corredores, con sus escaleras angostas y sus celdas vacías, próximo en muchos puntos á caer en tierra, en otros ya arruinado; por todas partes escuálido y desnudo como un edificio incendiado.

Poco léjos de San Juan de los Reyes hay otro monumento digno de ser visto: un curioso recuerdo de la época judáica, la sinagoga, designada ahora con el nombre de Santa María la Blanca. Se entra en un jardín inculto, se llama á la puerta de una casa de mezquina apariencia, la puerta se abre... Es un sentimiento agradabilísimo de asombro, una vision de Oriente, la revelacion improvisa de otra religion y de otro mundo. Véanse cinco estrechas naves, divididas por cuatro largas filas de pequeños pilares octágonos, que sostienen tantos arcos turquescos apoyados sobre capiteles de estuco diversos en la forma; el techo de madera de cedro cortado en divisiones iguales; aquí y allá, sobre los muros, arabescos é inscripciones moriscas; la luz que viene de lo alto; todo blanco. La sinagoga fué convertida por los árabes en mezquita, y la mezquita convertida en iglesia por los cristianos; de modo que no es propiamente

ninguna de las tres cosas; pero conserva sin embargo el carácter de mezquita, y los ojos se extienden por ella con deleite, y la imaginacion persigue de arco en arco las fugitivas imágenes de un paraíso voluptuoso. Vista Santa María la Blanca, no me sentí con fuerzas para ver más; y rechazando todas las proposiciones tentadoras del cicerone, le ordené que me condujese á la fonda, á donde llegamos tras largo andar por un laberinto de callecillas solitarias: puse seis reales en manos de mi inocente asesino, que encontró la propina escasa, y me pidió todavía (cuánto hube de reirme de la palabra!) una pequeña gratificación; entré en el comedor para comer una costilla, ó chuleta, como la llaman los españoles con un nombre que haria encoger las narices en cualquier provincia de Italia.

Por la tarde fui á ver el Alcázar. El nombre hace esperar un palacio árabe; pero de árabe no le queda más que el nombre. El edificio que se admira hoy día fué construido bajo el reinado de Carlos V, sobre las ruinas de un castillo que ya existia en el siglo VIII, aunque no se encuentran sino vagas indicaciones en las crónicas de aquel tiempo. Este edificio se eleva sobre una altura que domina la ciudad, de modo que se ven los muros y sus torres desde todos los puntos un poco altos de las calles, y el forastero puede tomarlo como guia para no perderse en aquellos laberintos. Subí á la altura por un largo camino serpeante como el que conduce del llano á la ciudad, y me encontré frente á la puerta del Al-

cázar. Es un inmenso palacio cuadrado, en cuyos ángulos se alzan cuatro gruesas torres que le dan apariencias de fortaleza. Delante de la fachada se extiende una vasta plaza, y todo alrededor una muralla de baluartes almenados á la manera oriental. El edificio entero es de un vigoroso color calcáreo, variado con mil matices por aquel potente pintor de monumentos que es el tórrido sol del Mediodía, y al que hace más vivo el limpidísimo cielo bajo el cual se dibujan los contornos majestuosos de los muros. La fachada está esculpida con un gusto lleno de nobleza y de elegancia. El interior del palacio corresponde al exterior: es un inmenso patio ceñido por dos órdenes sobrepuestas de graciosos arcos que se sostienen en ligeras columnas, con una monumental gradería de mármol sobre la mitad del lado contrario á la puerta, la cual á poca altura del suelo se divide en dos brazos, que el uno por la derecha y el otro por la izquierda conducen al interior del palacio. Para gozar de la belleza del patio hay que ir á colocarse donde la escalera se bifurca, porque allí se abraza con una mirada toda la armonía del edificio, que produce un sentimiento de alegría y de placer como un gran concierto musical de gente diseminada y escondida.

Fuera del patio, las demás partes del edificio: escaleras, habitaciones, galería, ó están arruinadas, ó cayendo en ruina. Ahora se trabaja para acomodar el palacio al servicio de un colegio militar, se blanquean los muros, se rompen las paredes con objeto de hacer grandes dormitorios, se numeran las puer-

tas, y se convierte el lugar de régios placeres en cuartel. Quedan sin embargo intactos los grandes subterráneos, que servían de caballerizas en tiempo de Carlos V, y que todavía pueden contener algunos millares de caballos; el conserje me hizo asomar á un ventanillo, desde el cual ví un abismo que me dió idea de su inmensidad. Luego subimos por una série de mal seguras escaleras á una de las cuatro torres; abrió el conserje con tenazas y martillo una ventana enclavada, y me dijo con el aire del que anuncia una maravilla:

—Mire V.

Es un panorama inmenso. La ciudad de Toledo se ve á vista de pájaro, calle por calle, casa por casa, como se vería el plano extendido sobre una mesa; aquí la Catedral, que se alza sobre la ciudad como desmesurado castillo, y hace que parezcan pequeños como cajas de juguetes todos los edificios circunstantes; allí la azotea coronada de estátuas de San Juan de los Reyes; en otro punto las torres almenadas de la Puerta Nueva, la Plaza de toros, el Tajo que corre á los piés de la ciudad entre dos abruptas orillas; del opuesto lado del rio, junto al puente de Alcántara, sobre una roca saliente, las ruinas del castillo de San Servando; más allá la verde llanura, y luego rocas y collados y montes que escapan á los ojos; arriba un cielo purísimo, y el sol poniente que dora las cúspides de los viejos edificios y hace centellear el rio como inmensa faja de plata.

Mientras yo contemplaba aquel mágico espectáculo, el conserje, que habia leído la historia de Tole-



do y lo queria demostrar, me contaba todo género de historietas, con aquel hablar entre poético y picaresco que es propio de los españoles del Mediodía. Antes de todo quiso que conociese la historia de las obras de fortificacion; y bien que donde él decia ver clara y distintamente aquello que me señalaba no viese yo lo más mínimo, logré entenderle alguna cosa.

Me decia que Toledo había sido rodeada de murallas tres veces, y que se veian aún claramente las señales de las tres murallas.

—Mire V.,—decia;—siga V. la línea que describe mi dedo: aquella es la muralla romana, la más estrecha, y se ven todavía los restos. Ahora mire V. más allá: aquella otra, más ancha, es la muralla gótica. Ahora haga V. con la vista una curva que abarque las dos primeras: aquella es la muralla árabe, la más reciente. Pero los árabes fabricaron tambien una muralla estrecha sobre las ruinas de la muralla romana... Esta la verá V. fácilmente. Ahora observe V. la direccion de las calles que caminan hácia el punto más alto de la ciudad, siga V. la línea de los tejados, de aquí, así: verá V. que todas las calles van para arriba en zig-zag; y se han hecho á propósito de este modo para poder defender la ciudad aunque se perdieran las murallas; y las casas se han fabricado apretadas así una contra otra, para poder saltar de tejado en tejado; eso se ve; además que lo han dejado escrito los árabes. Por eso me rio yo de los señores españoles de Madrid que vienen aquí y dicen:—Bah! qué calles!—Se co-

noce que no saben pizca de historia: si supiesen un tantico, y leyesen un poco en vez de pasarse todo el santo dia en el Prado y en Recoletos, comprenderian que las calles de Toledo tienen su porqué, y que Toledo no es una ciudad para los ignorantes.

Yo me eché á reir.

—No lo cree V.?—continuó el conserje;—es un hecho como el Evangelio. Hará cosa de una semana, para citarle á V. un caso, vino aquí un chisgarabís de Madrid con su señora. Ya, subiendo las escaleras, habian dicho pestes de la ciudad, de las calles estrechas, de las casas negras. Cuando se asomaron á esta ventana y vieron aquellas dos torres viejas allí abajo en la llanura, á la orilla izquierda del Tajo, me preguntaron qué eran, y yo respondi: —Los palacios de Galiana.—Oh! qué hermosos palacios!—exclamaron; y se echaron á reir, y miraron de otra parte. Por qué? Porque no saben la historia. V. tampoco la sabrá, me figuro; pero V. es extranjero, y la cosa varía. Sepa V. que el gran emperador Carlo Magno vino cuando era muy jóven á Toledo. Reinaba entónces el rey Galafre, y vivia en aquel palacio. El rey Galafre tenia una hija que se llamaba Galiana, linda como un ángel; y como Carlo Magno fué hospedado por el rey y veia todos los dias á la princesa, se enamoró de ella con todas las fuerzas de su alma, y ella de él. Pero habia un rival de por medio, y este rival era el rey de Guadalajara, un gigante moro que tenia una fuerza hercúlea y un corazon de leon. Este rey, para poder ver á la princesa sin que le descubrieran, habia hecho abrir

un camino subterráneo que venia nada menos que desde la ciudad de Guadalajara hasta los cimientos de palacio. Pero ¡cá! la princesa no podia verlo ni pintado; y tantas veces como venia, otras tantas lo despachaba con viento fresco. Pero no por esto el rey enamorado dejó de hacerle la corte; y tanto la rondó, que Carlo Magno, que no era hombre de dejar que se le impusieran, como V. puede comprender, perdió la paciencia, y para concluir de una vez, lo desafió. Se batieron; la lucha fué terrible; pero el moro, con todo aquello de que fuese un gigante, llevó la parte peor. Cuando estuvo muerto, Carlo Magno le cortó la cabeza y fué á ponerla á los piés de su enamorada, que agradeció la fineza del presente, se hizo cristiana, dió la mano de esposa al príncipe, y partió con él para Francia, donde la aclamaron emperatriz.

—Y la cabeza del moro?

—V. tiene ganas de risa; pero son cosas santas. Ve V. allá abajo, en el sitio más alto de la ciudad, aquel edificio antiguo? Es la iglesia de San Ginés. Y sabe V. qué cosa hay dentro? Dentro está nada menos que la puerta de un subterráneo que se extiende hasta tres leguas fuera de Toledo. V. no lo cree: oiga, oiga. En el lugar donde está ahora la iglesia de San Ginés, habia antiguamente, antes de que los moros entraran en España, un palacio encantado. Ningun rey habia tenido nunca el valor de entrar allí, y los que quizá hubieran sido capaces de entrar no entraban, porque con arreglo á la tradicion el primero que hubiese traspasado aquellos

umbrales habria sido la perdicion de España. Al fin el rey don Rodrigo, antes de irse á la batalla de Guadalete, con la esperanza de encontrar allí tesoros que le proporcionasen la manera de combatir á los árabes, hizo derribar la puerta, y precedido de sus guerreros que alumbraban el camino, entró. Con gran fatiga, cubriendo las hachas del viento furioso que corria por los subterráneos, llegaron á un aposento misterioso donde vieron un cofre sobre el cual estaba escrito: «El que me abra verá maravillas.» El rey mandó que lo abriesen, y con mucho trabajo consiguieron abrirlo; pero en lugar del oro y de los diamantes no se encontró más que una tela enrollada, donde estaban pintados unos moros con armas y este letrero debajo: «España será destruida dentro de poco por éstos.» Aquella misma noche hubo una gran tempestad, cayó el palacio encantado, y poco despues entraron los moros en España. Parece que V. no lo cree....

—Quiere V. callar? Vaya si lo creo.

—Pero esta historia está ligada con otra. V. sabrá, de seguro, que el conde D. Julian, que gobernaba la fortaleza de Céuta, hizo traicion á España dejando pasar á los moros, á los cuales hubiera podido cerrarles el camino. Pero no puede V. saber por qué hizo traicion el conde D. Julian. El conde D. Julian tenia una hija en Toledo, y esta hija iba todos los dias á bañarse en el Tajo con varias mozuelas amigas suyas. Quiso la desgracia que el sitio adonde iban á bañarse, que se llama hoy *los baños de la Cava*, estuviese cerca de una torre donde el Rey D. Ro-

drigo solia pasar las horas del calor. Un dia la hija del conde D. Julian, que se llamaba Florinda, cansada de jugar en el agua, se sentó á la orilla del rio y les dijo á sus compañeras:—Compañeras: ¿vamos á ver quién tiene la pierna más hermosa?—Vamos,—respondieron las otras; y dicho y hecho van á sentarse alrededor de Florinda, y enseña cada una sus bellezas. Pero Florinda las vencía á todas; y desgraciadamente, en el mismo momento en que ella decia á las demás:—¿Veis?—el rey D. Rodrigo se asomaba á una ventana y veía todas aquellas curiosidades. Jóven, libertino, figúrese V.; se encendió como un fósforo, le hizo la córte á la hermosa Florinda, la sedujo, y luego la abandonó; y de aquí el deseo de venganza del conde D. Julian, la traicion..... y los moros.

En este punto me pareció haber oido ya bastante; di al conserje un par de reales que él tomó y se metió en el bolsillo con ademan digno, y echando una última ojeada á Toledo, descendí de la torre.

Era la hora del paseo; la calle principal, ancha apenas como para dejar paso á un carruaje, estaba llena de gente: habria un centenar de personas; pero parecia una gran multitud; comenzaba á oscurecer, las tiendas se iban cerrando, y alguna luz rara principiaba á brillar aquí y allá. Me fui á comer, y salí en seguida para no perder el espectáculo del paseo. Era de noche, no habia otra iluminacion que la claridad de la luna, no se le veía á la gente la cara, antojábaseme estar en medio de una procesion de espectros... se apoderó de mí la melancolia.—Pen-

sar que estoy solo,—decia;—que en toda esta ciudad no hay un alma que me conozca, que si cayese muerto en este momento no habria ni un perro que dijese: «Pobrecito! Era un buen diablo!...» Veía pasar jóvenes alegres, padres de familia con sus niños; maridos, ó que tenian trazas de maridos, con una linda criatura de bracero... todos iban acompañados, hablaban, reían y pasaban sin arrojarme siquiera una mirada. Cuán triste estaba! Qué feliz hubiera sido si un muchacho, un pobre, un polizonte hubiera llegado á decirme:—Caballero, me parece conocerle.—Es imposible, soy un extranjero, no he estado nunca en Toledo; pero no importa, no se vaya V., estése aquí, hablemos un rato, estoy solo.—En buen hora recordé que en Madrid me habian dado una carta de recomendacion para un señor de Toledo: corrí á la fonda, cogí la carta, y me hice conducir en seguida á su casa. El señor estaba en ella y me recibió cortésmente. Cuando le oí pronunciar mi nombre sentí un regocijo tan grande, que le hubiera echado los brazos al cuello. Era el Sr. Don Antonio Gamero, autor de una estimadísima *Historia de Toledo*. Pasamos la noche juntos; le pregunté cien cosas, me dijo mil, y me leyó algunas magníficas páginas de su libro, por las cuales vine á conocer á Toledo mejor que la hubiera conocido residiendo en ella un mes.

La ciudad es pobre, y más que pobre, muerta: los ricos la han abandonado para establecerse en Madrid; los hombres de ingenio han seguido á los ricos; no hay comercio; la fabricacion de armas,

única industria floreciente, provee á las necesidades de un centenar de familias, pero no basta á la ciudad; la instruccion anda en atraso; el pueblo inerte y miserable. Como todos los pueblos de las grandes ciudades caidas, es altivo y caballeresco; aborrece las acciones bajas; hace justicia con su propia mano, cuando puede, en los ladrones y los asesinos; y bien que el poeta Zorrilla, en una de sus baladas, lo haya llamado sin metáfora pueblo imbécil, no es tal; es despierto y atrevido. Participa de la gravedad de los españoles del Setentrion y de la vivacidad de los españoles del Mediodia; ocupa el término medio entre el castellano y el andaluz; habla el español con donaire, con más variedad de acentos que el pueblo de Madrid, con ménos incorreccion que el pueblo de Córdoba y de Sevilla; ama la poesia y la música; está orgulloso de contar entre sus mayores al dulce Garcilaso de la Vega, reformador de la poesia española, y al claro Francisco de Rojas, autor de *García del Castañar*; así como de ver llamar á sus muros artistas y doctos de todos los países del mundo, que van á estudiar entre ellos la historia de tres razas y los monumentos de tres civilizaciones. Pero sea como fuere el pueblo, Toledo está muerta: la ciudad de Wamba, de Alfonso el Bravo y de Paldilla no es más que una tumba. Desde que Felipe II le arrancó la corona de capital ha ido declinando siempre, y declina todavía y se consume poco á poco en lo alto de su triste montaña, como un esqueleto abandonado sobre una roca entre las ondas del mar.

Volví á la fonda poco ántes de media noche; y como brillaba la luna, y las noches de luna no se encienden en Toledo los faroles, por más que en aquellas callejuelas no penetre la luz del astro plateado, tuve que caminar poco ménos que á tientas lo mismo que el ladron en la casa del crimen. Llena como tenía la cabeza de baladas fantásticas, en las cuales se describen las calles de Toledo recorridas de noche por caballeros embozados en sus capas, que cantan bajo las ventanas de las hermosas, se baten, se matan, escalan los muros y roban á las doncellas, figurábame que habia de oír sonidos de guitarras y rumores de espadas y gritos de moribundos. Nada de eso: las calles estaban desiertas y silenciosas, y las ventanas vacías; apénas se oía de cuando en cuando, por las esquinas y las encrucijadas, algun ligero roce ó algun cuchicheo fugitivo, que ni siquiera se hubiese podido decir de qué parte saliera. Llegué á la fonda sin haber robado ninguna toledana, lo que podia tener algo de desagradable; pero tambien sin haberme hecho abrir ningun ojal en el vientre, lo que de seguro tenía algo de consolador.

A la mañana siguiente visité el hermoso edificio del hospital de Santa Cruz, la iglesia de Nuestra Señora del Tránsito, antigua sinagoga, los restos de un anfiteatro y de una naumaquia de los tiempos romanos, y la famosa fábrica de armas, en la cual compré un lindo puñalito con el puño plateado y la hoja cubierta de arabescos, que ahora mismo tengo



sobre la mesa, y que, cuando cierro los ojos y lo agarro, me hace creer que estoy todavía allí, en el patio de la fábrica, á un cuarto de legua de Toledo, bajo el sol de mediodía, entre un corrillo de soldados y una nube de humo de cigarros. Recuerdo que volviendo á Toledo un pié tras de otro, cuando cruzaba un trozo de campiña solitario como un desierto y mudo como una catacumba, una voz formidable gritó:

—Fuera el extranjero!

La voz venia de la ciudad; me detuve; el extranjero era yo; aquel grito se dirigía á mí.... se me revolvió la sangre; la soledad y el silencio del paraje me acrecentaban el miedo. Seguí adelante, y la voz de nuevo:

—Fuera el extranjero!

—Pero es un sueño,—exclamé deteniéndome de nuevo,—ó estoy despierto?—Quién es el que grita? Dónde? Por qué?

Volví á andar, y la voz por tercera vez:

—Fuera el extranjero!

Me detengo nuevamente, y cuando todo turbado dirijo la vista en derredor, veo un muchacho echado por el suelo que me mira riéndose y me dice:

—Es un loco que cree vivir en el tiempo de la guerra de la Independencia; mire V.; allí está la casa de locos.

Y me señaló el manicomio sobre la altura: las últimas casas de Toledo. Solté un respiro que hubiera apagado un hacha de viento.

A la noche partí de Toledo con el sinsabor de no

---

haber tenido tiempo para ver y volver á ver todo lo que hay allí de antiguo y de admirable, sinsabor mitigado no obstante por el deseo ardentísimo de llegar á Andalucía, que no me dejaba un momento de sosiego. Mas por cuánto tiempo tuve delante de los ojos á Toledo! Por cuánto tiempo ví y soñé aquellas rocas salientes, aquellos muros enormes, aquellas tétricas calles, aquel fantástico aspecto de ciudad de los siglos medios! Hoy todavía reavivo á menudo en mi memoria su imágen con una especie de triste placer y de austera melancolía, y aquella imágen me pierde en mil extraños pensamientos de épocas remotas y de lances maravillosos.

---

## VIII.

## CÓRDOBA.

La política de los carabineros.—¡Puñales!—La Mancha; el libro de Cervantes.—Argamasilla; Valdepeñas; Santa Cruz de Mudela.—Sierra Morena.—El valle del Guadalquivir; Vilches; las Navas; Arjonilla; Pedro Abad; las Ventas de Alcolea.—En Córdoba.—¡Un patio!—La vida de Oriente.—La Mezquita; sus esplendores; su Maksura; una página de Federico Schack.—La ciudad de día y de noche.—Antigüedades cordobesas.—Consuelo, la andaluza más salada de Córdoba.—Nos sorprende un banderillero.—Medina Az-Zahra.—Pablo de Céspedes; Juan de Mena; Góngora.—Aspecto, carácter y costumbres populares.

Llegado á Castillejo tuve que esperar hasta media noche el tren de Andalucía. Distraje el hambre con huevos pasados por agua y naranjas, y para remojo un poco de Valdepeñas; murmuré una poesía de Espronceda, y charlé un rato con un carabainero (el cual, entre paréntesis, me hizo su profesion de fé política: Amadeo, libertad, aumento de paga á los carabineros, etc.); hasta que se oyó el suspirado silbido, y entré en un coche, lleno que no podia estarlo más de chiquillos, guardias civiles, cajas, almohadas, envoltorios; y andando, con una rapidez desusada en los caminos de hierro de España. La

noche era hermosísima; mis compañeros de viaje hablaban de toros y de carlistas; una linda muchacha que más de uno devoraba con la vista, fingía dormir para encender las fantasías con una muestra de sus actitudes nocturnas; quién hacía cigarrillos, quién mondaba naranjas, quién canturreaba arietas de zarzuela. A pesar de esto, me dormí pasados que fueron pocos minutos, y creo que había soñado ya con la mezquita de Córdoba y el alcázar de Sevilla, cuando vino á despertarme un grito ronco:

—Puñales!

—Puñales? Cáspita! Para quién?

Antes que viese al que había gritado, pasó por delante de mí una hoja larga y aguda, y el desconocido volvió á preguntar:

—Le gusta á V.?

Es preciso convenir en que hay modos mucho más agradables de ser desvelado. Yo miré á la cara á mis compañeros de viaje con una expresion de asombro que les hizo prorumpir todos á un tiempo en una risotada. Dijéronme entónces que por todas las estaciones habia vendedores de cuchillos y puñales, que ofrecian á los viajeros su mercancía como entre nosotros se ofrecen periódicos y refrescos. Asegurado de la vida, compré mi espantajo: por cinco pesetas un hermoso puñal de tirano de tragedia con mango torneado, inscripciones en la hoja y vaina de terciopelo bordada: me lo metí en el bolsillo pensando que podría hacerme muy buen servicio en Italia para cortar cuestiones con los editores. El vendedor llevaria cosa de cincuenta en una gran faja que le ajus-

taba la cintura. Otros viajeros compraron también; los guardias civiles cumplimentaron á uno de mis vecinos por la buena elección; los chiquillos gritaron:—Yo también quiero uno;—las mamás respondieron:—Te compraremos uno más largo otra vez.— Bendita España!—exclamé yo, y pensé con enojo en nuestras bárbaras leyes, que nos vedan el inocente desahogo de un poco de acero afilado.

Atravesamos la Mancha, la celebrada Mancha, teatro inmortal de las aventuras de D. Quijote. Es tal como me la figuraba: vastas llanuras desnudas, largos trozos de terreno inculto, algún molino de viento, pocas aldeas (y mezquinas), senderos solitarios, casuchas abandonadas. A la vista de aquellos lugares experimenté el sentimiento de melancolía que despierta siempre en mí la lectura del libro de Cervantes, y me dije á mí mismo lo que me digo siempre que lo leo: Esto no puede hacer reír, ó hace apuntar las lágrimas bajo la sonrisa. D. Quijote es una figura triste y solemne; su locura es un lamento; su vida es la historia de los sueños, de las ilusiones, de los desengaños, de los errores de todos; la lucha de la razón con la imaginación, de lo verdadero con lo falso, de lo ideal con lo real; todos nosotros tenemos algo de D. Quijote; todos nosotros tomamos molinos de viento por gigantes; todos nos vemos elevados á las veces por un arranque de entusiasmo, y derribados por una carcajada de burla; todos somos una mezcla de sublimidad y de demencia; todos sentimos con amargura profunda el perpétuo contraste entre la grandeza de nuestras aspi-

raciones y la debilidad de nuestras facultades. ¡Hermosos sueños de la niñez y de la adolescencia, propósitos generosos de consagrar la vida á la defensa de la virtud y de la justicia, caras imaginaciones de peligros afrontados, de luchas venturosas, de hazañas magníficas y de excelsos amoríos, caídas una á una á la manera que las hojas de las flores sobre el estrecho y uniforme sendero de la vida: cómo las reavivas én el alma, y á cuántos vagos pensamientos y á qué profundas enseñanzas las conviertes, oh generoso y desventurado caballero de la triste figura!

Tocamos en Argamasilla de Alba, donde nació y murió D. Quijote, y donde el pobre Cervantes, exactor del gran priorato de San Juan, se vió arrestado por los irascibles deudores y retenido preso dentro de una casa que existe todavía, según se dice, en la cual concibió el designio de su novela. Pasamos luego junto al lugar de Valdepeñas, que da nombre á uno de los más exquisitos vinos de España, negro, acerbo, acaso el único que permita á los extranjeros del Norte las copiosas libaciones de sus banquetes. Por último llegamos á Santa Cruz de Mudela, villa famosa por sus fábricas de navajas, cerca de la cual comienza el camino á elevarse dulcemente hácia la montaña.

Alumbraba ya el sol; habían bajado del carruaje mujeres y chiquillos, y subido paisanos, oficiales y toreros que iban á Sevilla. Veíase en aquel pequeño espacio una variedad de trajes que nosotros no vemos ni aún en los mercados: calañeses, pantalones militares, grandes sombreros de picadores, pañuelos